

La realidad del mal y la acción de Dios

La existencia del mal, ¿cuestiona la existencia de Dios?

La experiencia del mal/sufrimiento hace surgir el interrogante sobre el sentido de la existencia humana y también abre el cuestionamiento sobre la intervención de Dios ante esta realidad. Para algunas personas, la magnitud del mal presente en el mundo les lleva a concluir que Dios no puede existir. ¿Cómo puede permitir Dios tanto mal? Estas personas piensan: si Dios existe no puede permitir el mal y, como el mal lo tenemos delante de nuestros ojos y dentro de nosotros mismos, Dios no puede existir.

Otros quieren admitir las dos realidades y quieren explicarlo racionalmente: dicen que el mal puede ser “castigo de Dios por nuestros pecados” o que ocurre por la “fuerza del destino”. Buscan razones para salir del embrollo, pero no encuentran argumentos suficientemente válidos y terminan quedándose en un mar de dudas. También hay personas que piensan que el mal es una “prueba” que Dios puede enviar a los suyos para probar su fidelidad, pero ¿seríamos capaces nosotros de hacer algo así con nuestros hijos?

No es justo que atribuyamos a Dios actitudes que nosotros nunca mantendríamos con nuestra gente. Nadie castigaría a su hijo o lo probaría mandándole un mal tan grave. ¿Cómo va a hacerlo Dios? Entonces, ¿qué relación tiene Dios con la existencia del mal?

Dios “conoce” el sufrimiento y acompaña a sus hijos que sufren

El Dios de Jesucristo, que ha creado el mundo por amor y ha dotado al ser humano de libertad y autonomía, respeta las leyes de la naturaleza creada y el uso de la libertad de la persona creada. Él no puede evitarnos el sufrimiento ocasionado por nuestra finitud (enfermedad, muerte) ni intervenir en nuestra incapacidad de tomar caminos de humanidad (egoísmos, injusticias, imposiciones...). De lo contrario, no seríamos más que marionetas en las manos de Dios.

Pero tampoco Dios crea el mundo y se desentiende de su creación. No es un mero observador de lo que ocurre. Dios, como Padre-Madre amoroso camina con sus hijos-as, acompañándolos en todo lo que en la vida les acontece. A través de los relatos bíblicos, descubrimos cómo Dios ha estado presente en su creación, sufriendo con el sufrimiento del ser humano, de manera compasiva, solidaria, amorosa. (Gen 4,8-10, Ex 3,7-10)

Dios mismo, en Jesús, conoce el sufrimiento humano. No sólo por su conocimiento de la vida humana, sino porque Él mismo, encarnado en Jesús, ha sufrido el impacto de la persecución, la incompreensión, la violencia... El mayor signo de su

manera de afrontar el sufrimiento es la paradoja de la pasión y la muerte de su Hijo: se dejó golpear, herir y someter al sufrimiento para vencerlo.

Jesús no quiso el sufrimiento

Jesús, Dios encarnado, no quiso el sufrimiento ni para sí ni para los demás. Si algo hizo en su vida, es luchar contra el mal con todas sus fuerzas. El evangelio está lleno de escenas en las que Jesús se enfrenta a situaciones de dolor intentando remediarlas. La defensa de los marginados tratando de recuperarles la dignidad debida, la curación de los enfermos, los poseídos por los males..., es un componente esencial del Evangelio de Jesús. Un teólogo actual, mirando a Jesús, descubre en Él a un Dios “*anti-mal*” (Torres Queiruga).

Precisamente, su cercanía al sufrimiento y su denuncia de todo aquello que lo produce, condujeron a Jesús a su propio sufrimiento: el de la muerte en cruz (Lc 4,16-21). Él no buscó su sufrimiento, sino que se lo impusieron, aun cuando Él lo asumiera como consecuencia de su vida de amor a los hermanos.

Jesús no viene a solucionar el problema del mal en el mundo. Pero Él, un hombre como nosotros, sufre y nos enseña con su actitud ante el sufrimiento y la muerte, cómo las personas hemos de enfrentarnos al sufrimiento y la muerte.

La experiencia de la Resurrección nos adentra en una dinámica salvadora, sanadora, en la que Dios nos quiere hacer sentir que el mal, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra en esta vida y que tenemos motivos para vivir con sentido, con esperanza y con la confianza de sentirnos acompañados por Él hasta en los momentos más difíciles de nuestra existencia.

Nuestros obispos dijeron en la Carta Pastoral de Cuaresma-Pascua de 1988: “*El silencio de Dios ante nuestro dolor es el de un Dios que sufre junto a nosotros y habita hasta dentro de nuestro dolor*”.

